

### **3. La última cena**

El primer día de los Ácidos, cuando se inmolaba la víctima pascual, le dicen sus discípulos:

-¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

Él despachó a dos discípulos encargándoles (...) decid al amo de la casa: «¿Dónde está la sala donde voy a comer la cena de Pascua con mis discípulos?» (Mc 14, 12-14).

Nótese la insistencia, *comer contigo, comer con mis discípulos*. La Pascua se come siempre en grupo, alrededor del cordero, y esa tarde Jesús quiere tener en su mesa a los Doce.

En la multiplicación de los panes los discípulos ya habían desempeñado un papel activo, aunque aún secundario. Habían organizado los grupos de invitados y habían repartido los cestos llenos. Y quizás habían sido los más entusiastas en querer proclamar a Jesús como rey de Israel. En todo caso es lo que sugiere la enérgica intervención de Jesús *obligándoles a embarcar, mientras él despedía a la muchedumbre* (Mc 6, 45). La tarde de Pascua son irremplazables. Pero no todos lo son de la misma manera.

Hay uno, sin embargo, cuya presencia no parece necesaria, Judas. Pero es indispensable: era necesario que estuviese allí. Para que se cumpliesen las Escrituras y Jesús fuese entregado por *el que come conmigo* (14,18). Estas aproximaciones, más o menos artificiales, a veces escandalizan más que convencen. Pero no están hechas para demostrar: quieren hacer reflexionar. Pero el relato de los evangelios muestra que, efectivamente, Judas ocupa allí un lugar importante.

Faltaban dos días para la Pascua. Los sumos sacerdotes y los letrados buscaban apoderarse de él con una estratagema y darle muerte. Pero decían que «no debía ser durante las fiestas, para que no se amotinase el pueblo» (14, 1s).

Decididos a matar a Jesús, esperan que la gente salga de la ciudad para actuar. Entonces se acerca Judas, quien les proporciona una solución rápida y discreta: ofrece entregarles a Jesús. Paso monstruoso, cuyo horror no tratan de atenuar los evangelios, pero que dará a la muerte de Jesús todo su alcance al hacerla coincidir con la mayor fiesta de los judíos, el memorial de su liberación. Y permitir a Jesús que aproveche la cena pascual para fundar la Nueva Alianza. Una señal dada a los creyentes de que

Dios todavía encuentra un medio de proseguir su obra aun en medio del pecado más espantoso.

Judas no podía estar ausente en la cena: su ausencia le hubiera traicionado. ¿Ha recibido el cuerpo del Señor y ha bebido su copa? Sí, según Lucas, donde Jesús no anuncia su traición más que después de los gestos eucarísticos. A decir verdad, casi no importa: una profanación sacrilega, sin duda, que no habría añadido nada al mismo crimen. Pues era exactamente lo que Pablo reprocha a los Corintios que profanan la cena del Señor haciéndose reos de su cuerpo y su sangre (1 Cor 11, 27). La presencia de Judas en la cena muestra a la vez que Jesús muere en primer lugar por culpa de su amigo y que no cesa de conducir las operaciones: «*Lo que vas a hacer, hazlo rápido*» (Jn 13, 27). Es tu asunto, pero primero lo es mío.

Menos indispensables que Judas, los otros once discípulos también desempeñan un papel importante. Para alcanzar el número de convidados necesarios alrededor del cordero asado. Sobre todo, para recoger el gesto de Jesús y el don que nos hacía. Sin ellos, Jesús no habría podido expresar el sentido que daba a su muerte, nunca habría podido hacer de ella el acontecimiento que salvaba al mundo.

Si la Eucaristía no fuese, como tantos cristianos piensan, más que un regalo excepcional, un milagro que sustituye la realidad del pan por la de un cuerpo invisible, quizás hubiera bastado con una palabra indudable de Jesús, atestiguada por testigos incontestables. Y habríamos podido conservar con sumo cuidado un tesoro inapreciable. Pero esa tarde hay algo más que un gesto excepcional: hay un acontecimiento.

Es el día en que, en todos los hogares judíos, los hijos de Israel celebran la Pascua y el nacimiento de su pueblo, librado de la esclavitud de Egipto. Con toda naturalidad, puesto que es para ellos como el jefe de familia, sus discípulos van a pedirle a Jesús sus instrucciones para celebrar la fiesta de la tarde: «¿Dónde quieres que preparemos la Pascua?» Y Jesús les envía a que pregunten a un amigo, sin duda avisado con anterioridad: «¿Dónde está mi sala, donde celebraré la Pascua con mis discípulos?» Ellos pensaban, en primer lugar, en él y en su Pascua, pero él pensaba en ellos.

Nada más normal que esa conversación. La Pascua es una comida de fiesta que la celebran juntos. Como todas las fiestas en Israel, y hasta los sábados de cada semana, la celebración de la Pascua es a la vez una fiesta nacional y una reunión familiar y de amigos. Y es natural que aquella tarde, como tantas otras, Jesús se siente a la mesa rodeado de los suyos. Pero aquella tarde no se parece a las otras, y esos hombres, seducidos por el acontecimiento, van a meterse en una aventura inédita.

¿Cómo transcurrió la cena? ¿Comieron los invitados el cordero pascual según los ritos tradicionales? Los evangelios permanecen mudos en este punto. Concentran su atención en las palabras absolutamente nuevas de Jesús en el momento en que realiza los gestos tradicionales del padre de familia sobre el pan y la copa: «*Tomad, esto es mi cuerpo. Bebed, esta es la sangre de la Alianza*». También los convidados deben repetir los gestos habituales, tomar y comer, beber el vino preparado. ¿Por qué repetir esas indicaciones, sino porque también ellos estaban realizando un gesto excepcional?

Hubiese sido incomprensible que Jesús les hubiese mandado repetir ese gesto en el curso de una comida ordinaria, un día como los demás, tomando el cariz de una sesión mágica. Pero el momento que viven, en el momento al que les ha conducido Jesús, ese gesto adquiere un sentido radicalmente nuevo. Es la tarde de Pascua, la noche en que por todas partes los hijos de Israel se reúnen para conmemorar la noche de su liberación y su nacimiento. Aquella noche había sido un paso a través del mar, celebrado con sangre. Cada año, la sangre del cordero pascual recordaba esa liberación, y el pueblo recién nacido revivía el gesto de Dios.

Al ponerse a la mesa, nadie podía olvidar ese pasado, y tampoco nadie podía eludir la gravedad del momento. Sin duda que Judas estaría repitiéndose interiormente el mecanismo de la operación que estaba a punto de desencadenar. Pero los demás, que no sabían nada de ella, no podían ignorar las amenazas que pesaban sobre Jesús. Él mismo les había advertido más de una vez y no eran ciegos a todas las muestras de hostilidad proce-

dentes de las autoridades de la ciudad. «*Vayamos y muramos con él*» (Jn 11,16), había dicho Tomás a sus compañeros que intentaban retener a su maestro en el camino a Betania. Cuando, en ese ambiente, Jesús habla de despedidas y ausencia, de alianza y sangre, de comer y beber, ¿cómo no asociar los recuerdos del Éxodo y la realidad de esa noche?

El relato de la última cena lleva la huella de la profunda impresión que producen los gestos de Jesús, pero, al mismo tiempo, de una cierta imprecisión en el enunciado de las palabras, debida seguramente a la diversidad de las tradiciones de las primeras comunidades. Cada evangelio da su propia versión de las palabras eucarísticas, que, por otra parte, todas son traducciones, pero si podemos dudar sobre las palabras escuchadas y repetidas, los gestos registrados, imposibles de deformar, se imponen a la vista:

Toma el pan, lo parte, lo distribuye (...) Toma la copa, la bendice, la hace pasar de mano en mano.

La palabra y el gesto, inseparables, expresan y realizan conjuntamente el acontecimiento. ¿Qué podían comprender los discípulos en el momento en que Jesús hacía esos gestos ante ellos y los explicaba con tan breves palabras?

Todo hace pensar que estaban muy lejos de captar el alcance de lo que pasaba. Ese distanciamiento, tan habitual en la relación de acontecimientos, cuyo alcance aún se nos escapa, es aquí sin duda absolutamente necesario para que el misterio de aquel momento fuese verdaderamente conservado, antes de que nadie lo pudiese entender e interpretar a su manera.

Cuando los discípulos reciben el pan de manos de Jesús y le oyen decir *Esto es mi cuerpo*, sienten que están viviendo algo inmenso y único, pero no son capaces de decir qué es esa realidad. ¿Cómo el pan que tienen en sus manos puede ser el cuerpo sentado a la mesa con ellos? Es inútil buscar explicaciones.

No es ciertamente lo que Jesús espera de ellos. En primer lugar, les pide, sin duda, que miren y recuerden lo que está ha-

ciendo. Se trata a la vez de su propio destino y el de su pueblo. Aunque no puedan aún decir nada de ello. Si dijese algo más sobre ello, no añadirían sino sus propios sueños. La sobriedad de los evangelios al relatar la última cena de Jesús es su manera de introducir al misterio.

Para que los gestos de la cena adquiriesen su sentido, hacían falta la muerte y resurrección de Jesús. Cuando, en la tarde del viernes santo, en presencia de las mujeres en llanto, Nicodemo y José de Arimatea recogen el cuerpo del crucificado, comienzan a entender: ese cuerpo que les entrega Pilatos se lo está entregando el mismo Dios. Ese cuerpo inerte, que tienen entre sus manos, había estado toda su vida al servicio de los hombres, había sido siempre solamente un don, único y total. Cuando Jesús, la víspera, con un gesto que procedía de los sacrificios rituales, había pasado el pan diciendo *«esto es mi cuerpo»*, estaba dando a entender la muerte que le esperaba, pero él mismo tomaba entre sus manos esta muerte para entregársela a los suyos. Porque esa muerte, que le infligían la injusticia y violencia de los hombres, la recibía del Padre, del amor de Dios a sus hijos perdidos, y la hacía gesto supremo de su propio corazón.

Sin embargo, al entregar de antemano su cuerpo y muerte, Jesús estaba ya entregando la vida de Dios en su cuerpo. Porque Dios no podía dejar ese cuerpo en poder de la muerte. Dios no iba a permitir que se perdiese esa riqueza inaudita que representaba el cuerpo humano de su Hijo. Ese inmenso volumen de trabajo, de sufrimiento, de alegría, de fuerza que había sido la existencia humana de Jesús. En la cena, Jesús no tenía necesidad de evocar todo ese pasado en detalle, no pretendía describir el futuro donde Dios le esperaba. Podía abandonar su cuerpo a Judas y a los verdugos, su Padre lo recogería para entregárselo a los hombres. El pan que estaba compartiendo era ya ese don.

Los convidados, que aún le rodeaban, no eran muy capaces de entender esos gestos y captar esos horizontes, pero tampoco eran inertes ni ausentes. Aunque aún no podían darle nombre, eran conscientes de que estaban siendo admitidos a un acontecimiento capital, y que el mismo Jesús les estaba introduciendo. Al darles su cuerpo y sangre, al repartir el pan y la copa, les

estaba prometiendo reunidos en otra mesa, en la que beberían juntos otro tipo de vino, inimaginable e inagotable, en el reino de Dios. Ese vino, que tan frecuentemente cantaban sus cánticos, era, pues, tan real como la mesa preparada para ellos aquella tarde.

Seguro de sí, con la certeza de caminar al momento llegado entregando hasta la última gota de su sangre, hasta el último latido de su corazón. En ese momento, ¿está Jesús seguro de sus amigos como para garantizar su fidelidad? Ciertamente que no y no les oculta nada: *«Esta misma noche, todos vosotros os escandalizaréis y tropezaréis por mi causa»*, pero añade enseguida: *«Pero una vez resucitado, iré delante de vosotros a Galilea»* (Mt 26, 31).

Claro que podemos preguntarnos si esas precisiones han sido introducidas después, pero no podemos dudar de la verdad de esas palabras y de la realidad de esas promesas. Pues toda la conversación suprema de Jesús con los suyos consiste en anunciarles que todos le abandonarán, que su deserción será grave, pero que él sabrá encontrarlos y volverlos a sí. Suponer que Jesús no ha anunciado más que su caída, sería plantear que ya no espera nada de ellos, que su fracaso es total y que los abandona para siempre. El relato evangélico nunca contempló ese sentido.

El relato de la cena tiene un sentido paradójico, pero coherente. Dice a la vez que Jesús va a morir por culpa de los hombres, que lo sabe, y que, de antemano, obedeciendo al amor del Padre que le conduce, transforma en perdón total el pecado más grave de la historia de los hombres. Nadie escapa a ese perdón, ni los que asumen la responsabilidad de su muerte, ni los amigos que le van a abandonar. Ese perdón no resta nada a la gravedad de las faltas que se acumulan y del crimen que se comete, y en nada atenúa el peso de la pasión y la angustia en que va a zozobrar el Mesías. Jesús penetra en la realidad de nuestro mundo: el horror cada vez aparece más fuerte, pero el perdón de Dios nunca se extingue. En las dos vertientes del acontecimiento, en el umbral de la hora única y hasta su último latido, los discípulos son testigos de ello para siempre. Testigos, en primer lugar, por su caída.